

**RUPTURAS Y CONTINUIDADES EN EL AGRO
BONAERENSE: DEBATES EN TORNO A SAN ANTONIO DE
ARECO, 1660-1880. UN PUEBLO DE CAMPAÑA,
DEL ANTIGUO RÉGIMEN A LA MODERNIDAD ARGENTINA
DE JUAN CARLOS GARAVAGLIA**

Presentación

El 28 de agosto de 2009 la Red de Estudios Rurales organizó un debate alrededor del último libro de Juan Carlos Garavaglia, *San Antonio de Arco, 1660-1880. Un pueblo de campaña, del Antiguo Régimen a la modernidad argentina*, que acababa de editar Prohistoria, animada por el incansable Darío Barriera.

Hoy ese debate, del que aceptaron participar gustosos el propio Darío, Juan Manuel Palacio, Roy Hora y Eduardo Míguez, sale publicado en el *Anuario IEHS*, del que el mismo Juan Carlos fuera uno de sus fundadores en los inicios de la democracia recuperada.

Son muchos los motivos para estar contentos de hacer esta presentación. Para empezar, si bien Juan Carlos no integró formalmente la RER, ya que cuando se fundó allá por 1995 se encontraba viviendo fuera de la Argentina, se podría decir que ha sido su miembro de honor número uno. Y esto por muchos motivos, pero el principal es que él ha sido quizás el historiador que más ha contribuido a renovar un área de estudios que hasta los años 80' se encontraba en pañales, plagada de lugares comunes y mitos, carente prácticamente de investigaciones basadas en fuentes directas y sin referencias a los problemas que por entonces ya se habían planteado varias historiografías agrarias latinoamericanas, ante los cuales la de estas latitudes parecía inmune.

No es este el lugar para comentar este nuevo libro, labor a la que se abocan los cuatro historiadores convocados para ello. Pero vale la pena señalar que, una vez más, Juan Carlos avanza en las fronteras del conocimiento, aceptando desafíos muchas veces proclamados, pero muy pocas llevados a cabo. Entre los muchos méritos de este libro, además de constituir algo que podríamos denominar una 'historia total' de una región agraria durante más de dos siglos, se destaca el haberse atrevido a atravesar barreras cronológicas que parecían infranqueables.

Si hoy ya se puede considerar una adquisición para la historia agraria el cruce de la frontera imaginaria que antes se establecía en 1810, en este caso hay una nueva vuelta de tuerca, atravesando otra frontera, tanto o más fuerte en nuestro imaginario historiográfico, la que separa la historia pre y post-Caseros. Con ello, este libro busca desentrañar y combinar lo que seguramente son algunos profundos cambios, insistentemente señalados por nuestra historiografía, con las continuidades mucho menos reconocidas.

En fin, por esto y por muchas más cosas, es un honor y una alegría haber impulsado esta presentación y este debate, que ayuda a difundir una obra y un proyecto de investigación de gran importancia en el devenir de nuestra especialidad y de la historia toda de la región.

Raul Fradkin y Jorge Gelman
Coordinadores de la Red de Estudios Rurales (RER),
Instituto Dr. Emilio Ravignani / UBA.

Radiografía de una historiografía pampeana

Agradezco la invitación de Jorge Gelman, Raúl Fradkin y José Luis Moreno para presentar una lectura de este libro primero oralmente en una reunión de la Red de Estudios Rurales y también la iniciativa de plasmar por escrito lo dicho en aquella ocasión.

Rápidamente debo hacer presentes –y de este modo objetivables– los condicionamientos de mi lectura. En primer lugar, estoy comentando el libro de alguien que, ciertamente sin su consentimiento, ha sido para mí un maestro, ya que ha escrito muchos trabajos de los cuales recibí enseñanzas que, desde luego, no siempre supe convertir en aprendizajes. En segundo término, mi lugar como editor de la colección donde este libro se ha publicado implica que mi voto por el mismo es, además de positivo, *cantado*.

San Antonio de Areco, 1680-1880. Un pueblo de la campaña, del Antiguo Régimen a la modernidad argentina, cuenta la historia que su título sugiere, mas el autor no se demora en decirnos que su libro versa sobre una sociedad de frontera. En cuanto a la exposición, no pretende una presentación lineal: sus partes son muestras de cuadros que guardan una estrecha relación entre sí y que consiguen retratar con diferente grado de profundidad las distintas porciones de realidad que se propone atrapar comprensivamente y transmitir comprensiblemente.

Convencido de las ofertas y limitaciones que el medio propone a sus habitantes, la primera parte (cuyo título es el nombre del pueblo) se detiene en un retrato minucioso –que luego sabremos necesario– de esa particular *mesopotamia* (p. 31) donde se asentaron los primeros habitantes del pago de Areco. Los cursos de agua y su incidencia sobre el suelo forman parte del conjunto de razones por las cuales el escenario fue percibido como atractivo y conveniente por los pobladores que decidieron quedarse en esas tierras durante el siglo XVII y en mayor medida durante el XVIII.

A esta primera sigue otra (titulada “Familias”) donde el foco de la atención se desplaza hacia los actores, y sobre todo hacia la relación existente entre aquellas tierras abundantes y fértiles con un número de hombres relativamente escaso para su extensión. Aquí es cuando la descripción del suelo gana espesor y las bondades o constricciones que proponía a los pobladores del territorio (objeto de jurisdicción) comienzan a aparecer en clave de paisaje y espacio. Dicha transformación se nos presenta a través del examen de quiénes se asentaron, cómo lo hicieron y, en un análisis exhaustivo de datos provenientes de archivos parroquiales y censos de la época, a través de la evaluación del rol jugado en este proceso por las categorías de familia, “color”, proximidad, patrimonio, parentesco... Destaca en esta segunda parte la sencillez con la cual, después de un trabajo muy lento y minucioso, el autor nos muestra los momentos de cambio en el “paisaje social” (pp. 66-67) o el proceso de “blanqueamiento” de la población durante la segunda mitad del siglo XVIII, subrayando el carácter político de la percepción del otro en los distintos registros del periodo.

En las dos últimas partes del libro (tituladas “Trozos de vida” y “Los vientos de la política” respectivamente) puede advertirse una original manera de abordar un problema conocido para quienes hacen historia del poder político. Los hilos por donde transita el análisis son las familias, algunos recorridos individuales y, en la cuarta parte, las redes de notables y su capacidad para movilizar recursos materiales, simbólicos y sobre todo humanos en función de una “vida política” entendida como un campo de disputas por el poder, fruto de la humana voluntad de imponerse sobre los otros (p. 351). La atención del autor está dirigida muy directamente a las relaciones que son importantes en el ámbito que analiza, es decir, a aquellas que aumentan o estrechan las posibilidades de acceso (directo o indirecto) de los agentes a recursos materiales o simbólicos. En el relato, puede verse que lo que los actores ganaban y perdían en el terreno era de muy diverso cuño (unas monedas, amigos, parientes, honor, honra, bienes o hasta la misma vida), y esta diversidad es la que refleja justamente la variedad de situaciones y ámbitos que resultan vinculados en el terreno del poder político.

Una particularidad de la tercera parte es que gracias a la explotación de archivos judiciales, los recorridos a través de las vidas no se limitan a las experiencias de los notables sino que se extiende a los “débiles”, los explotados, campesinos sencillos que a partir de esta exhumación tuvieron su *segunda oportunidad* de entrar en la memoria de su siglo.¹ En esas mismas páginas la oralidad campesina de los habitantes más humildes de aquel Areco de Antiguo Régimen nos permite conocer, a través del lenguaje, los vínculos que la gente entablaba con el lugar, con sus convecinos, y la forma en que se representaban el mundo que vivía. En un plano más fino del análisis, el valor de las redes sociales locales –casi siempre bien documentada y copiosamente analizada en todo el mundo para las elites– aparece también en este estudio cuando el autor se ocupa de los sectores menos acomodados: la feliz aparición en el texto de “los Alvarito”, familia de migrantes cordobeses arribados al pueblo a mediados del siglo XVIII, se debe a la densa trama de relaciones gestada alrededor de un primer núcleo que funcionó como organizador de la inserción en el lugar de otros cordobeses y santiagueños de sectores poco acomodados pero entendidos en las reglas del juego. Los recién llegados buscaban a los Alvarito para conseguir consejo, lugar y hasta “mujer”, para tratar de no ser considerados “hombres sueltos” y evitar de ese modo “sentir sobre sus hombros el pesado aliento de alcaldes y jueces de paz en búsqueda de jóvenes candidatos al ‘enganche’ forzoso” (p. 162). Los Alvarito habían sido hábiles en búsqueda de padrinzgos, parentescos y corresidentes que les ayudaran a subir algún peldaño en la escala social. Otro acierto al analizar a los sectores más bajos de la sociedad estriba en que el autor ha extraído de la documentación su sentido del honor y de la reparación, que no era un patrimonio exclusivo de los ricos: “Todos tienen una idea de su dignidad y a veces es lo único que poseen” (p. 329).

Una de las líneas sobre las cuales este libro permite disparar el diálogo podría girar alrededor del modo en que se aborda lo “local”. En *San Antonio de Areco...* esto no es una dimensión limitante sino una estación –a veces de partida, otras de paso– en un juego de escalas que no se queda solamente en el gesto de la observación (mirar desde más lejos o desde más cerca) sino que remite a un ejercicio de análisis donde el lugar aparece

¹ La expresión, claramente tributaria de Michelet, se debe a Alain Corbin, *Le monde retrouvé de Louis-François Pinagot. Sur les traces d'un inconnu (1798-1876)*, Paris, Flammarion, 1998, p. 8.

imbricado e involucrado en conjuntos diferentes y de diverso orden. Areco es un punto en función del *hinterland* que se generó a partir de la fundación de Buenos Aires o una posta en el camino entre Buenos Aires y Santa Fe, Córdoba o el Potosí; es pensado también como un *locus* integrado a un conjunto jurisdiccional civil y religioso que es rioplatense por definición y comparte esa condición con otros poblados con los cuales también se relaciona de manera diferente a lo largo del tiempo. Este conjunto con el cual se relaciona Areco se ensancha y encoge, gana y pierde extensión y Areco, de igual modo, es más o menos marginal o autónomo respecto de sus distintos centros, y más o menos central respecto de sus propias periferias en distintos contextos.

Lo local aparece en clave de espacio porque lo que está en el centro de la atención del autor son las relaciones que dan sentido a Areco, pero este ejercicio no se agota en señalar los vínculos del pueblo con otros conjuntos; también aparece en los nombres de los lugares, que transmiten a veces con mucha claridad ciertos aspectos de la zona irrecuperables por ejemplo desde una arqueología material (no son infrecuentes los topónimos que refieren la existencia de comunidades vegetales –como “los chañaritos”– que permiten sugerir un paisaje que no ha dejado otra huella que la del nombre).

Las siluetas de Areco, por su parte, cambian no sólo físicamente sino también fisonómicamente: los propietarios de mediados del siglo XVIII “toleran” agregados en sus cabezadas de la mano del aumento del número de migrantes que habitan el pago (que se incrementa de un 10 a un 15% de la población entre 1726 y 1744, pp. 37 y 39). Los Alvarito, censados a poco de su llegada como “pardos” o hasta como “indios” son, un siglo más tarde, “morenos claros”.

La elaboración del libro puede disparar otra conversación sobre un segundo eje, constituido por la forma en que el autor reflexiona en clave social a partir de la reconstrucción de experiencias que, desde un punto de vista “cuantitativo” deben ser rotuladas evidentemente como particulares. La reconstrucción de historias personales o familiares trasciende su normalidad o excepcionalidad y el autor logra analíticas descripciones que le permiten alcanzar uno de sus objetivos, el de comprender cómo era la vida en aquella sociedad de frontera.

Este ejercicio –el singular sintetiza en realidad muchos años de trabajo y muchísimos ejercicios realizados– evita la extrapolación y la metonimia (dos recursos frecuentes entre quienes después de estudiar algunos casos exponen conclusiones cuyo nivel de generalidad exige del lector un acto de fe), pero le permite constatar, yuxtaponer o comparar los materiales contenidos en la obra o, en el caso del historiador interesado en problemas similares, haciendo intervenir los propios. Las reconstrucciones familiares de la segunda parte así como el análisis de las identidades políticas a las que se aboca en la cuarta, invitan al contrapunto y a pensar la historicidad de algunas clasificaciones (“criollo”, “paisano”, “ciudadano”) y de algunos procesos (la inmediata posrevolución, el rosismo).

Uno de los rasgos más atractivos de este trabajo es el de haber conseguido mostrar el lugar evitando el regodeo en la singularidad: las marcas, los hitos y los actores locales tienen una presencia que resulta patente para quienes quieren leer en él la historia de su pago, pero son utilizados por el autor para analizar sobre todo lo que fluye desde y hacia todas las direcciones. Areco es punto de observación y también observatorio, pero no alternativa sino simultáneamente. Ambos recursos son las dos caras de la medalla del

zoótrofo que, puesto a girar, permite la percepción de una tercera figura, construida esta vez a partir de lo que retiene la retina del observador (en este caso el lector). En definitiva, puesta en marcha la lectura, echado a andar el libro, es el interés del lector el que finalmente determina si predomina una narración sobre el punto observado o un análisis que ha utilizado el lugar como observatorio.

Este desvanecimiento del lugar, tan propio de algunos trabajos de la tradición italiana del microanálisis,² radica en haber comprendido y mostrado perfectamente cómo funciona lo local: su universalidad se debe a que lo que el autor estudia *allí* pudo haber ocurrido también en cualquier pueblo de la Península Ibérica, en Cuyo o en Puebla, y esto va desde los argumentos de un juez que cita las Partidas hasta el peso del uso del “don”; desde la preocupación diferenciada de las autoridades frente al amancebamiento de una mujer según el peso de su nombre hasta la diferencia en los castigos impartidos para los homicidas según su propia calidad y la de su víctima.

Una de las claves de este logro, que a veces también consiste en descubrir características del conjunto en algún detalle, radica en que el autor no pretende que Areco (el lugar) ostente rasgos que lo hagan único: no hay pretensión de investirlo de originalidad, incluso si no faltan elementos que podrían permitirlo. Esto evita presentar como sorprendentes o excepcionales conductas o rasgos de un proceso cuando no lo son. La sensibilidad que posibilita este tipo de factura se deba probablemente al peso que adquiere cada cosa dicha sobre el lugar, que permanentemente es ubicado en un mundo, en el mundo: la densidad del análisis reposa no solo en la profundidad del trabajo sobre los archivos parroquiales o los censos, sino también en que el autor es dueño de un amplio conocimiento del funcionamiento de la economía paraguayo-rioplatense de los siglos XVI y XVII, de la historia de la pampa húmeda, de algunas regiones de México o de una perspectiva general sobre el funcionamiento de la Monarquía hispánica o de la disolución de los imperios ibéricos. Al involucrar la historia del lugar en problemáticas históricas universales, traduce los datos de los hechos locales a otro lenguaje, que es el de los problemas de una comunidad científica que seguramente los apreciará, por largo tiempo, como insumo de investigación, discusión y enseñanza.

Por último, y aunque el libro no pretenda cerrar ningún proceso, constituye en dos sentidos un momento de balance: en primer lugar, balance individual, momento de reelaboración y reunión de muchos años de trabajo sobre los pagos de Areco; en segundo, el contenido recoge la cosecha de lo sembrado no solamente por el propio autor sino también por sus pares e incluso por jóvenes historiadores; sus capítulos son por lo demás un compendio de los temas abiertos y los enfoques utilizados por la nueva historiografía rural rioplatense desde hace 25 años. Por ello, el libro constituye también una síntesis de un recorrido colectivo que no ha terminado, una radiografía posible que esta vez no es de la pampa, sino de su mejor historiografía.

Darío G. Barrera
ISHIR-CESOR, CONICET

² Pienso básicamente en el libro de Edoardo Grendi, *Il Cervo e la Repubblica e I Balbi: una famiglia genovese fra Spagna e Impero*, Turin, Einaudi, 1997.

¿Raíces de Segundo Sombra? Dos siglos de vida social en San Antonio de Areco

La *community history* es un género ya clásico. No se trata de la historia local, practicada por entusiasta aficionados con vocación de anticuarios, que los profesionales descalificamos y aprovechamos por partes iguales. Es el uso de un estudio en profundidad de una localidad para a través de él iluminar aspectos específicos de procesos históricos más amplios. Así, una historia de una comunidad gira, como cualquier historia, alrededor de un problema o conjunto de problemas específicos. El desarrollo del argumento que el historiador desea transmitir se hace carne en las peripecias de un universo suficientemente pequeño como para que el historiador (y eventualmente su lector) sienta que lo conoce con la intimidad necesaria para comprenderlo de una manera más cabal. Así, *A Little Commonwealth*, de John Demos, nos relata el proceso de diferenciación social en las comunidades de los primeros *peregrinos* en una localidad de Nueva Inglaterra, *Montaillou* de Le Roy Ladurie, nos presenta el catarismo como una identidad local en el Languedoc del siglo XIII, junto a la vida cotidiana de una aldea medieval, *Rio Claro*, de Warren Dean, la formación del sistema de plantaciones en la frontera de Sao Pablo (como indica su subtítulo), y *Vossauras* de Stanley Stein, *Sugar Creek* de John Mac Farragher y *Vulcan* de Paul Voisey, nos relatan la formación de comunidades de frontera en el siglo XIX en Río de Janeiro, Illinois y Alberta (Canadá) respectivamente, para ilustrar esta tradición con algunos estudios característicos.

San Antonio de Areco, 1860-1880 es sólo en parte una narración de este tipo. Porque aunque hay un conjunto de temas principales en la obra, Garavaglia nos ofrece un trabajo más abierto. Más que un relato central articulado, el libro abre múltiples puertas hacia diversos aspectos de la realidad de la campaña de Buenos Aires desde su ocupación temprana hasta la consolidación del Estado Nación. Muchos de ellos vuelven sobre temas *garavaglianos*, tales como la estructura social de la propiedad y la producción agraria, las formas de tenencia de la tierra, pastores y labradores, las desigualdades del poder, la presencia del Estado, la justicia, etc. También aborda temas menos frecuentes en él, como la ambigüedad familia/sociedad y el entramado familiar en la construcción de la economía y el poder. Pero aunque naturalmente estos temas se retroalimentan y se entrelazan permanentemente, con personajes recurrentes e información cruzada, no hay un esfuerzo sistemático por hilvanar la diferentes dimensiones del relato en un argumento vertebrador. O en todo caso, este no es explícito. Así, el libro nos muestra múltiples dimensiones de la evolución de Areco a lo largo de un par de siglos.

Dicho esto, lo habitual en un comentario sería señalar cuales son estas dimensiones, y analizar las virtudes y posibles limitaciones que el comentarista ve en el estudio de cada una de ellas. Pero aprovechando el peculiar formato de este comentario, confiaré en que mis colegas retomen algunas de ellas, y optaré por una estrategia diferente para abordar la obra. Más allá de que Garavaglia haya optado por no hacer explícita su propuesta interpretativa del universo que analiza, no resulta difícil encontrar la visión que él nos propone. Basta mirar el subtítulo, que nos indica que el estudio abarca “del antiguo régimen a la *modernidad*”. Pero ya en él, las bastardillas en el término *modernidad* sugieren que hay algo irregular en esa transición. La lectura del libro dejará esto bien en claro. Esa *modernidad* en bastardilla es, en efecto, una *modernidad* bastarda, si se me

permite el fácil juego de palabras (Garavaglia prefiere el calificativo de “fragmentaria” al de “periférica” que había popularizado Beatriz Sarlo). Más allá de la metáfora, es una modernización muy parcial. Ya que la imagen que el libro trasmite es que más allá de los cambios de régimen político que provocan coyunturas diferentes, con efectos en los discursos y las prácticas sociales –en particular, durante la etapa rosista– la trama social local cambia muy moderadamente a lo largo de esos dos siglos.

En efecto, esta se construye sobre una desigual distribución de la riqueza, del prestigio y poder que se hallan estrechamente ligadas a la perduración de un núcleo de familias de elite, que a pesar de la renovación ideológica de la Revolución, mantienen el predominio de su influencia a través de prácticas que Garavaglia denomina “de antiguo régimen hispano”. Como es habitual en la campaña pampeana, según ha demostrado el propio autor, y otros como Carlos Mayo, Mariana Canedo, José Mateo, a diferencia de otros lugares de América Latina e incluso de lo que hoy es la Argentina, el núcleo del poder no descende de antiguas familias de conquistadores, sino de más modestos migrantes “internos” –que se van estableciendo en la zona desde el siglo XVII– y de un característico grupo de migrantes peninsulares llegados a fines del XVIII, y que constituirán, por así decirlo, el sector dominante y a la vez modernizador de la sociedad local (caracterizado por la familia Martínez). Y aunque en algún momento se insinúa que ambos grupos constituyen facciones diferentes de los sectores encumbrados –uno más criollo, el otro más ilustrado– la información deja claro que una considerable cuota de entrelazamiento matrimonial entre estas familias desdibuja considerablemente una división demasiado tajante.

El peso que el autor da a la distribución de la tierra, y a su conservación en el patrimonio familiar –evidenciado en la práctica de reunificar por compra lo que la herencia castellana divide, y en la limitación de un auténtico mercado de tierras, por la tendencia a tratar el patrimonio familiar como un bien no comercial, en la tradición analítica de Giovanni Levi– sugiere que en su propiedad se encuentra, como suele ocurrir en el antiguo régimen, la base del poder local. En este sentido, una ocupación bastante prolongada de este sector rural genera un considerable fraccionamiento de la propiedad y de la producción, claramente definidos ya para el siglo XIX. No existen aquí las propiedades de varios miles de hectáreas características del Gran Sur. En cambio, si existe la tenencia precaria y los agregados y arrendatarios, que junto con los peones, forman los sectores desfavorecidos de la sociedad. Como en trabajos previos, el estudio de la producción a través de herencias, catastros y otras fuentes, pone de manifiesto una compleja estructura en cuya base se encuentran los agricultores en tierras ajenas y los peones –que como se sabe, pueden más de una vez ser las mismas personas– y que pasando por los pequeños criadores de ganado sin propiedad de la tierra, llega a los grandes hacendados. Los más poderosos de estos –los Lima, los Martínez, los Cané, etc.–, sin embargo, deben hacer sentir su presencia en la capital porteña para contar entre los auténticos círculos del poder, para lo que muchos tienen una casa en la ciudad.

Visto así, el eje del libro es su segunda sección, en la que se destaca el papel de las grandes familias en la estructuración de la sociedad, del poder religioso, judicial y militar y en los procesos electorales, a la vez que se vuelve sobre el valor patrimonial de la tierra. La sección tercera, en la que a través de la descripción de un conjunto de casos judiciales, se ve el papel de las redes personales –y en especial familiares– en la construcción de la

desigualdad jurídica, pero también se destacan los límites a la solidaridad, mostrando el conflicto intrafamiliar, bucea en la cotidianeidad de aquella sociedad de antiguo régimen.

La cuarta sección, en cambio, vuelve sobre lo que es, a mi juicio, la interpretación que emerge del texto de Garavaglia sobre Areco en los siglos XVIII y XIX. Un cuádruple corte temporal político: la colonia, la era rivadaviana y la rosista (tratadas en un único capítulo) y la posterior a Caseros, insinúan, más que argumentar de manera explícita, que más allá de las fluctuaciones de los destinos individuales y de los cambios de estilos y formas de la política, la esencia del poder local varía limitadamente, en la medida en que el mismo núcleo de familias aparece una y otra vez ocupando los lugares claves como alcaldes de la hermandad, jueces de paz y alcaldes de cuartel, comandantes de milicias/guardias nacionales, incluso como cura párroco. Ciertamente es que en los años críticos del rosismo, cuando el conflicto llega a su punto culminante, algunos de los hombres fuertes sufren persecución y embargos, y las solidaridades familiares se resquebrajan (no es esa la única oportunidad) tensadas por la confrontación facciosa. Garavaglia también nos recuerda que las bases del poder rosista en su etapa crítica ya no estaba en las clases propietarias, aunque el largo juzgado de paz de Tiburcio Lima, miembro destacado de las familias claves de Areco, muestra hasta que punto éstas no han perdido su protagonismo. Más aún, como es sabido, en la política post-rosista dominó más la vocación de conciliación que el revanchismo, y si bien los perseguidos de antes vuelven al protagonismo y algunos de los protagónicos del rosismo (en especial Tiburcio Lima) caen en desgracia, la recuperación de centralidad en esa etapa por una elite reformista renovada, pero no por ello menos ligada a las viejas familias, en la que se destacan nombres como Norberto de la Riestra y Miguel Cané, pone de manifiesto la continuidad de tramas de poder muy profundas, que la etapa más radical del rosismo no ha alterado.

Como en cualquier buen estudio de caso, Garavaglia no pretende que lo que él comprueba para Areco sea generalizable para el resto de la vieja campaña bonaerense, máxime cuando, como queda dicho, su interpretación aparece mucha veces más en la trama y en insinuaciones analíticas, que en una explícita argumentación. Pero es claro que se transforma en una visión posible del proceso, en una hipótesis fuerte. Ésta sugiere que aunque con variaciones, la presencia del Estado es débil en la campaña, lo que abre un amplio espacio para estructuras de poder local, a las que el propio Estado debe recurrir para afirmar su presencia. Y que estos poderes locales, aunque sujetos a cambios ocasionados por las fluctuaciones de las ideas y de la política, reposan en firmes troncos familiares, que aunque lejos de ser inmutables o cerrados, muestran la continuidad de su anclaje en la propiedad agraria. Y el protagonismo de las tramas familiares en las bases del poder muestran los rasgos centrales de ese sistema de antiguo régimen hispano que se resiste a ceder lugar a una modernidad que, aunque anunciada desde la revolución, aun se demora en Areco cuando Buenos Aires pasa a ser la Capital Federal. Si esta lectura hace justicia a la labor de Garavaglia –y si me atrevo a hacerla, es porque más allá de que él la insinúa en varias secciones del libro, es además un argumento que plantea una rica discusión histórica– creo que tiene muchos méritos, aunque también me genera dudas en algún punto.

Ante todo, creo que percibe bien la dualidad entre el orden social prescripto por la norma, por el proyecto, por la voluntad del que gobierna, de la trama fuerte de una vida social en la que las prácticas, las costumbres, las tradiciones, aunque lejos de inmutables, dominan la vida cotidiana, imponen su propia lógica, cambian a sus propios ritmos, y

“negocian” en posición de fuerza con las voluntades prescriptivas de los gobernantes; en este caso, representados más bien por la voluntad política externa de Buenos Aires –y antes que ella, de la corte borbónica. Areco cambia en sus propios tiempos, no ajenos a las tormentas políticas del Plata, pero tampoco sometidos servilmente a ellas. Más bien al contrario, la vida cotidiana tiene capacidad para amoldar lentamente las furias externas a sus propias lógicas, y si la Revolución de Mayo o la invasión de Juan Lavalle, o la caída de Rosas, lejos están de dejar al pago incólume, por sobre estos avatares re-emergen las viejas tramas de la sociedad local. Y al enfatizar la continuidad, creo que el trabajo de Garavaglia ha aportado algo que los estudiosos de la segunda mitad del siglo XIX hemos en general descuidado. Se trata del destino de la vieja sociedad criolla en el fuerte proceso de cambio de la segunda mitad del siglo. En el relato épico del “progreso argentino” poco lugar hemos dado a la sociedad que sucumbe con Rosas, y parece esfumarse con Martín Fierro. No es sorprendente que sea justamente un estudio sobre Areco, emblema de la tradición, que nos recuerde que aún en la década del ochenta hay mucho vivo de esa vieja sociedad criolla. Y aunque esta parte de la trama ocupa un lugar marginal en la obra, es un buen recordatorio de que allí hay algo que conocemos muy mal.

Sin embargo, el énfasis en la continuidad y en las familias principales de aquella sociedad, y en los viejos sectores criollos, ha hecho que Garavaglia preste poca atención a los importantes cambios que comienzan a hacerse visibles ya desde la década de 1840, y mucho más a partir de la caída de Rosas. Comienzo por lo más obvio. El propio texto señala la presencia de inmigrantes, que son un 16% de la población en 1869 y 18% en 1881. Pero cuando Garavaglia mira a los inmigrantes, prefiere referirse a algunos pocos viejos extranjeros llegados en épocas tempranas e integrados a los sectores notables (como Patrick Island, *a* Patricio Islas), más que a la pre-masiva inmigración de la etapa de las llamadas presidencias fundacionales. Si se mira con más detenimiento el censo de 1881, se comprueba que entre los varones de 21 a 50 años hay 639 nativos, y 682 extranjeros, es decir, que ya en 1881 la mayoría de los trabajadores varones en edad adulta no son nacidos en el país. En la población en general mayor de 15 años, 863 nativos y 482 extranjeros leen y escriben, en tanto 943 nativos y sólo 235 extranjeros (que incluye seguramente una alta proporción de las 195 mujeres extranjeras del partido) no lo hacen. Vale decir, el alfabetismo ya excede ampliamente a la elite local, y un gran número de inmigrantes saben leer y escribir. Junto a lo que sabemos sobre la expansión económica lanar, esto ya nos insinúa ese clásico incipiente sector medio inmigrante, que es el argumento germaniano sobre la modernización argentina. Hay 4 escuelas públicas en el partido, y dos particulares, además de una biblioteca y una farmacia. El ferrocarril pone a Buenos Aires a pocas horas de viaje, cuando antes estaba a días, y el telégrafo hace posible la comunicación inmediata. Esto hace que para los nuevos gobernantes su acceso a Areco sea mucho más sencillo. Quizás más importante, es que hay siete “sociedades diversas”, que seguramente son en su mayoría sociedades mutuales o asociaciones de inmigrantes que forman una nueva trama de sociabilidad.

Sesenta años antes del censo que evalúa el estado de la provincia ya sin su ciudad capital, la elite rivadaviana había intentado, con la participación de algunos integrantes de los sectores encumbrados arequenses, poner en marcha una profunda transformación de la sociedad bonaerense. Había fracasado; sucumbió ante la guerra con el Brasil, y sobre todo ante la resistencia de la sociedad criolla a la nueva forma de pensar y ordenar la sociedad

que la elite reformista proponía. Los reflejos en Areco de ese intento y ese fracaso son claros en el texto de Garavaglia. Y colorean con sus secuelas, tanto por lo que sobrevive en las instituciones rosistas, como por lo que ese régimen tiene de reacción en contra de su predecesor, los largos treinta años subsiguientes. Pero allí donde Rodríguez, García y Rivadavia no logran consolidar un nuevo sistema social, treinta años después Obligado, Alsina y Mitre ponen en marcha un proceso que yo no tendría ambages en llamar modernizador sin bastardilla. También aquí hubo presencia de encumbrados arequenses, como los mencionados De la Riestra y Cané. A grandes trazos, los cambios seguirán el derrotero anunciado por Alberdi en sus *Bases...*, y se reflejan en las breves noticias extraídas del censo de 1881 que citamos más arriba, y respecto de las cuales, el de censo de 1869 muestra un punto aún más inicial del proceso de cambio (que omitimos aquí para evitar extendernos).

El epílogo del libro de Garavaglia está dedicado a “Areco en la ‘modernidad’ argentina” (y nuevamente las comillas califican al término), y toman en cuenta algunos de los cambios que hemos señalado; pero está claro que Garavaglia no se interesó en esta obra por ver en que medida iban surgiendo tramas sociales nuevas en el nuevo contexto. Si entre 1852 y 1881 hubo fuertes cambios en Areco, la obra no los desconoce, pero tampoco los tematiza.

Hace muchos años el propio Garavaglia, junto a otros historiadores de la etapa colonial e independiente temprana, plantearon el problema del clivaje historiográfico que mediados del XIX ha representado en la Argentina. Era en parte una recriminación a quienes miraban el “progreso” sin interesarse por la etapa que lo precedía. Aunque esa barrera historiográfica se ha ido desdibujando en tiempos recientes, y no son pocos los autores que abordan en sus obras procesos que atraviesan esa barrera, creo que en este punto, *San Antonio de Areco* pierde una oportunidad. Si bien el texto se extiende hasta los inicios de la modernización, e incluye algunas referencias a los cambios que esta trae, la vista del autor sigue centrada en el “antiguo régimen” que se diluye (aquí soy yo quien califico con comillas), más que en los rasgos de una sociedad muy cambiante que emerge. Por ejemplo, el descuido al decir que Bernardo de Irigoyen llegará a Presidente de la República (p. 114), cargo que jamás ocupó, aunque no porque no lo intentara reiteradamente, creo que puede adjudicarse a un cierto desinterés por esa Argentina más moderna.

En los últimos años se han planteado interesantes problemas en relación a este proceso –por ejemplo, en la discusión sobre los cambios en las elites, en estudios como los de Beatriz Bragoni, Roy Hora y Leandro Losada. Pero al escoger el autor priorizar las continuidades sobre las transformaciones, ha escogido también mantener el clivaje historiográfico. Por ejemplo, aunque inevitablemente hay referencias a la renovación económica que el lanar aportó a la región, será inútil buscar la interacción entre los pastores irlandeses, vascos o bearneses con los jueces de paz que siguen perteneciendo a las viejas familias, o con los peones criollos. Para esa época en Tandil no eran pocas las hijas de criollos que optaban por casarse con emprendedores inmigrantes, formando un nuevo tipo de núcleo familiar; ¿existía tal interacción en Areco? En el extremo opuesto, los hechos de Tata Dios muestran el grado que el conflicto podía alcanzarse; sabemos que no ocurrió algo similar en Areco, ¿pero reflejan las crónicas judiciales, usadas con solvencia como fuentes para otros problemas, formas más larvadas de conflicto étnico?

No estoy diciendo que el texto de Garavaglia debiera necesariamente incluir estos temas; ya es un libro suficientemente extenso tal como es. Y es perfectamente legítimo escoger los cortes historiográficos que el autor considera convenientes. Pero si en algún punto deseo formular una objeción, es en que es difícil calificar o evaluar una modernidad que no se ha mirado con detenimiento. Quizás un subtítulo como “Auge y ocaso del antiguo régimen en un pueblo de campaña” describiría mejor los intereses de la obra. Es posible que lamente especialmente esta opción porque por mi parte, en varios estudios centrados en Tandil, he encontrado un extraordinario ritmo de renovación social en esos años, lo que también ha sido señalado para Buenos Aires, Rosario, y otros lugares. El estudio de Garavaglia sugiere que Areco fue mucho más moderado en sus cambios. Es interesante pensar la hipótesis que una comunidad más antigua y consolidada fue arrastrada más lentamente por la modernización que otras más nuevas, como Tandil (donde, por lo demás, tampoco esa modernidad carece de muchas calificaciones posibles). Pero para discutirla en profundidad, habría que buscar los cambios (que pueden o no existir), opción, como queda dicho, que el autor ha soslayado.

Más allá de esta observación, hay una gran riqueza de elementos que el *Areco* de Garavaglia nos aporta, y quedan también en el tintero algunos otros puntos discutibles. Estoy seguro que por muchos años, cuando se estudien diferentes aspectos de la campaña bonaerense, y seguramente de otras regiones, estas referencias y discusiones se irán volcando en tinta, ya que *San Antonio de Areco* será un texto de consulta obligada. Un estudio de comunidad con el cual contrastar los argumentos de otros estudios de casos, o las hipótesis más generales. Por su riqueza de información, amplitud temática, y solidez de argumento, es un libro al que se podrá volver una y otra vez en busca de un diálogo fecundo.

Eduardo J. Míguez
IEHS – UNCPBA

Del antiguo régimen al Estado liberal

El libro que Juan Carlos Garavaglia ha consagrado a la historia de San Antonio de Areco ofrece el análisis más detallado y comprensivo sobre una pequeña comunidad rural con que cuentan nuestros estudios sobre el pasado. La amplitud de su registro temático se pone de relieve en la pretensión a cubrir las esferas más significativas de la historia de esta antigua población del norte de la provincia de Buenos Aires: las estructuras demográficas, la economía rural, el mundo de la sociedad y la familia, la política, constituyen grandes universos en los que frecuentemente se bifurca y encierra el interés de los historiadores, pero que en este trabajo Garavaglia se propone abordar de manera simultánea. El libro es ambicioso en un segundo sentido. *San Antonio de Areco* despliega el análisis de todos estos planos de la vida social en un arco temporal infrecuentemente extenso, que va desde las primeras noticias sobre el poblamiento de la localidad en el siglo XVII hasta el inicio de la década de 1880, y a la vez se propone integrar la trayectoria de este antiguo distrito de la campaña bonaerense, hoy convertido en una meca del turismo rural costumbrista, en un relato más general sobre las transformaciones (sobre todo económicas y políticas) que afectaron a la sociedad pampeana a lo largo de más de dos siglos de historia. Una exhaustiva y minuciosa recopilación de fuentes de muy diversa índole, reunidas a lo largo

de más de una década, sirve de soporte al estudio del pequeño universo de Areco: censos, padrones y procesos judiciales, pero también correspondencia pública y privada, estudios de historia local y hasta fotografías componen el vasto cuerpo documental de un trabajo que, todo sugiere, no ha dejado ningún archivo de importancia sin consultar.

Este voluminoso trabajo ofrece testimonio de la vitalidad de la agenda de discusión que, bajo distintas inspiraciones ideológicas e historiográficas, ha venido atrayendo el interés de historiadores de renombre hacia el estudio de la historia rural pampeana desde al menos la década de 1960. Los debates y controversias referidos a un espacio que desde la apertura comercial que acompañó a la emancipación constituyó el gran motor de la economía argentina han ido mutando con el paso de los años y el desarrollo de nuevas agendas de investigación, en un arco que va de los modos de producción a las instituciones, y de la emergencia y desarrollo del capitalismo al estudio del crecimiento y más recientemente, la desigualdad económica. A lo largo de un sinuoso recorrido, gracias a la sedimentación de contribuciones de muy diversa índole, en el curso de las últimas dos décadas ha ido cobrando forma una nueva imagen de la sociedad rural pampeana del siglo XVIII y la primera mitad del XIX que contrasta marcadamente con las narrativas heredadas. No tenemos oportunidad de explorar estos cambios, pero sí importa señalar que la novedad más importante, y la que sin duda goza de mayor consenso entre los historiadores, se refiere al desplazamiento de la visión que describía a ese universo como un territorio dominado por grandes estancias y poblado por gauchos errantes y despojados, y su reemplazo por un relato que la presenta como una sociedad en la que predominaron las pequeñas y medianas unidades productivas fundadas en el trabajo familiar. En esta nueva perspectiva, las empresas familiares son concebidas como elementos decisivos en el proceso de generación del excedente agrario (ganadero pero también agrícola) ya desde el momento mismo de constitución de esa sociedad rural, y también como actores sociales y políticos de enorme significación.

Garavaglia ha utilizado su *San Antonio de Areco* no tanto para revisar sino más bien para reafirmar los núcleos centrales de esta perspectiva interpretativa, de la que ha sido un importante animador. El relato que nos presenta es, antes que nada, la historia del desarrollo y expansión de la sociedad campesina que creció al calor de la ocupación y puesta en valor del territorio, primero bajo los auspicios de la monarquía y más tarde del orden republicano. Firmemente apoyado en el análisis de las estructuras demográficas y económicas, el libro se abre también a la consideración de dimensiones sociales y políticas. Un estudio de foco local de esta envergadura, que permite alcanzar un detallado conocimiento de las peculiaridades de un pequeño rincón de la campaña porteña, inevitablemente viene acompañado de nuevos énfasis. A la luz de las contribuciones anteriores de Garavaglia, quizás la inflexión más significativa en la mirada del autor –en alguna medida hecho posible por la escala de análisis privilegiada– se refiere a la importancia atribuida a la familia, a la que concibe como el gran organizador de la vida económica, social y política de la comunidad arequense. La validez de esta afirmación es postulada tanto para los grupos más encumbrados de la sociedad local (que tradicionalmente han sido vistos, sobre todo por la literatura del período colonial, a partir del prisma que ofrece la familia) como para sus actores más humildes. El análisis de esta dimensión alcanza uno de sus puntos más logrados en el análisis de la incidencia de las relaciones de parentesco en el patrón de asentamiento de la población migrante que, a lo largo de más

de un siglo, llegó a Areco proveniente del interior. Igualmente atractivo es el análisis de los mecanismos de la transmisión de la propiedad y el derecho al uso de la tierra que predominan entre la población campesina a lo largo de varios siglos. Haciendo gala de su conocida competencia para el análisis de las estructuras demográficas y económicas, Garavaglia pone de relieve que las relaciones de parentesco ofrecen una poderosa vía de entrada para entender la circulación y el acceso a la tierra.

El autor no sólo pone de relieve la enorme relevancia que poseen las lealtades y solidaridades familiares para la construcción de riqueza, prestigio y poder sino que, al mismo tiempo, se preocupa por resaltar las dimensiones conflictivas que anidan, y ocasionalmente estallan, en el seno de toda red de parientes. Frecuentemente, las mujeres ocupan un lugar protagónico en estos conflictos, sin duda porque las disputas que dividen a las familias en las que se integran por sangre o alianza –instigadas por desavenencias que remiten a la fuerza del amor, el poder o el dinero– suelen acercarlas a los estrados de la justicia, permitiendo que el historiador tome contacto con voces y acciones que en circunstancias más normales no hubiesen ingresado en el archivo estatal de esa sociedad patriarcal. Este reconocimiento de las tensiones que recorren el universo familiar es, en alguna medida, un bienvenido resultado de la reducción de la escala de análisis, que le permite al autor observar en detalle algunos de las numerosas disputas que jalonan la existencia cotidiana de esta pequeña población. Contra las interpretaciones de signo funcionalista tan habituales en los estudios que toman por objeto a la familia –y aún con mayor frecuencia todavía en los que se concentran en el estudio de redes sociales, que habitualmente asignan valor explicativo a lo que en rigor debe ser explicado–, esta advertencia sobre el carácter inherentemente complejo y conflictivo de las relaciones sociales primarias resulta bienvenida.

¿Cuál es la principal contribución de este estudio desde el punto de vista de la construcción de una agenda de debate para la historia rural argentina? A mi juicio, ella radica en el esfuerzo por articular la historia rural de la primera y la segunda mitad del siglo XIX. Señalemos, en primer lugar, que *San Antonio de Areco* presenta un relato cuya riqueza de detalles se despliega en un marco interpretativo que, pese a las inflexiones señaladas más arriba, tiende a convalidar más que a desafiar los consensos historiográficos sobre los cuales hoy avanza la exploración de la historia de la sociedad rural pampeana del largo período que se extiende desde el poblamiento hasta la caída de Rosas. No faltan discusiones entre los especialistas, pero éstas muchas veces se organizan a partir de visiones compartidas sobre los principales rasgos de la sociedad de ese período, dentro de los que ocupa un lugar muy relevante la ya mencionada hipótesis campesinista. La productividad de esta perspectiva, que ha servido de base a sólidos trabajos sobre el período tardocolonial y de las primeras décadas independientes, se revela sin embargo más problemática conforme los estudios se internan en las décadas centrales del siglo XIX. Las razones son comprensibles. Al resaltar la pervivencia de las estructuras económicas y sociales maduradas durante la etapa colonial, a las que con frecuencia se describe como relativamente estáticas, los historiadores que se identifican con la perspectiva campesinista enfrentan importantes dificultades para abordar la relación entre el orden económico y social basado en el mundo campesino y el que comenzó a cobrar forma en las décadas de la Organización Nacional. Las novedades que ofrece este último período son tantas y tan profundas (inmigrantes, ferrocarriles, cambio tecnológico, inversión extranjera,

consolidación estatal, etc.) que los relatos que enfatizan las continuidades entre la primera y la segunda mitad del siglo enfrentan desafíos analíticos e interpretativos muy considerables.

La articulación entre estos dos universos ya había sido una fuente de dolores de cabeza para las interpretaciones que la perspectiva campesinista vino a cuestionar. Con todo, algunas de ellas contaban con recursos a partir de los cuales organizar una explicación de la génesis de la nueva sociedad que colocaba en el primer plano de la narración no sólo a las fuerzas que desde fuera de la sociedad rural estaban renovando ese orden sino también a los actores que, desde su propio seno, promovían la transición entre uno y otro momento. Así, por ejemplo, en los trabajos escritos hasta fines de la década de 1980 los grandes propietarios y la gran estancia eran muy frecuentemente presentados como impulsores de las novedades (proletarización, capitalismo, legalidad liberal) que afectaban a las clases populares criollas (un grupo que solían describirse como refractario al cambio). Este es, por ejemplo, el relato que ofrece *Capitalismo y ganadería*, el conocido trabajo de Hilda Sabato sobre la economía lanar.³ Pero al desplazar a los terratenientes y a la gran estancia del lugar primordial que ocupaban en la sociedad rural pampeana, inevitablemente queda recortado el poder explicativo de las interpretaciones que ven a la elite propietaria como el principal vector del avance del nuevo orden social y productivo surgido en la segunda mitad del siglo.

Dadas estas circunstancias, no sorprende que las incursiones de los partidarios de la perspectiva campesinista en el debate sobre la formación de la economía de mercado y la transición a la sociedad liberal hayan sido tímidas. En el caso de la historia rural, los muros que siguen separando a los historiadores de la “Argentina criolla” y los de la “Argentina moderna” revelan la existencia de dos subcomunidades que encuentran difícil establecer puntos de contacto en torno a los cuales ordenar una agenda de investigación común que ponga en el foco de su atención a las transformaciones que tuvieron lugar en el siglo XIX.

Al extender su estudio hasta comienzos de la década de 1880, Juan Carlos Garavaglia encara un problema que muchos historiadores hasta el momento han preferido esquivar. El subtítulo mismo de su libro, “Un pueblo de la campaña, del Antiguo Régimen a la *modernidad* argentina”, a la vez que indica el deseo de explorar de qué manera tuvo lugar ese tránsito, desde el comienzo nos alerta sobre las dificultades que supone esta empresa. El uso de las itálicas (y en otros pasajes del texto de las comillas) sugiere que, a juicio del autor, nos encontramos ante un proceso *sui generis*. Garavaglia opta por no indagar las implicancias conceptuales de la cuestión, y prefiere abocarse a analizar en concreto el modo en el que se produjo esta transición en este distrito de vieja colonización (lo que significa, entre otras cosas, que la gran propiedad tiene aquí un peso menor que en las regiones de frontera). Pese a que prefiere describir a conceptualizar, la visión que nos ofrece sobre las fuerzas que desde el filo de la mitad del siglo impulsaron el arribo de la “modernidad” a la campaña bonaerense siempre apunta en la misma dirección: en las tres esferas en las que el autor analiza el despliegue de este proceso (sociedad, economía, política), la formación de la nueva sociedad rural es presentada ante todo como un

³ Hilda Sabato, *Capitalismo y ganadería en Buenos Aires: la fiebre del lanar, 1850-1890*, Buenos Aires, Sudamericana, 1989.

resultado de la acción de fuerzas exógenas al medio local, que se impusieron sobre ese mundo campesino que comenzó a cobrar forma en el siglo XVII y que ve sobrevivir, sin mayores mutaciones, hasta el fin del período explorado en su libro.

Así, por ejemplo, cuando Garavaglia dirige su atención hacia las dimensiones sociales y culturales de la etapa que corre entre la caída de Rosas y la década de 1880 es, frecuentemente, para poner de relieve la pervivencia no sólo de la pequeña producción familiar, sino también de un orden tradicional, en el que, por ejemplo, curas y autoridades civiles siguieron arrogándose el derecho de condenar y sancionar conductas cuya regulación la nueva legalidad liberal ubica decididamente en la esfera privada. La visión que surge del análisis de las transformaciones que afectaron a la producción agraria en las tres décadas posteriores a Caseros transcurre por carriles paralelos. También en este terreno el autor ofrece una imagen que tiende a desestimar las bases endógenas de los procesos de cambio productivo. Garavaglia deja entrever que la relación entre la población campesina y el mercado no sufrió alteraciones de consideración a lo largo de esa etapa de expansión de la economía de mercado o, más bien, que la principal novedad (decididamente negativa para las familias campesinas), se refiere a la pérdida de autonomía experimentada por este grupo. Aparece allí, así sea de manera indirecta, una evidencia del peso creciente de la propiedad capitalista, promotora de la proletarización. De todos modos, parece sugerir, las principales novedades económicas vinieron desde afuera de la sociedad local, y encontraron sus principales impulsores en el arribo de inmigrantes europeos.

Finalmente, cuando el autor gira su atención hacia las nuevas estructuras de poder que emergieron en esa etapa de predominio liberal, termina de conformarse un cuadro que subraya, junto a la violencia de la que fue víctima la población campesina, los aspectos excluyentes y represivos del proyecto estatal nacido luego de Caseros. Las estructuras políticas sobre las que se erigió el predominio liberal se impusieron desde fuera de la sociedad local y, en gran medida, en contra de la población campesina. En este punto, Garavaglia coincide con la perspectiva que ofrece *Wandering Paysanos*, de Ricardo Salvatore, que también enfatiza que en esta etapa se produjo un incremento de la presión militar sobre los hombres de campo que corrió paralela a la marginación de este grupo de la comunidad política.⁴ La centralización política y la formación de fuerzas militares más profesionalizadas también recortaron el poder de los notables locales, pero al menos algunos de éstos lograron integrarse en la elite dirigente provincial.

Los razonamientos evocados sintetizan algunos ejes de una narración sobre la manera en que se articulan la sociedad rural criolla y la que comienza a cobrar forma en la etapa de la así llamada de Organización Nacional más sofisticada y sugerente de lo que es posible reconstruir en estas breves páginas. Y aun cuando aquí no podemos hacer justicia a la complejidad de la trama narrativa desplegada en *San Antonio de Areco*, este esbozo sirve en primer lugar para poner de relieve el núcleo de su interpretación y para dirigir la atención hacia aquellos aspectos del proceso histórico cuya consideración en el marco de este relato resultan problemáticos. En este sentido, hay que señalar que, más allá de las novedades interpretativas que introdujo el descubrimiento del mundo campesino, la visión que entiende la transición entre la sociedad rural criolla y la que cobró forma al calor

⁴ Ricardo Salvatore, *Wandering Paysanos. State order and subaltern experience in Buenos Aires during the Rosas Era*, Duke University Press, Durham & London, 2003.

del proyecto liberal a partir de la exterioridad de ambos mundos no es nueva. Ésta fue, por ejemplo, una solución que cobró forma desde el mismo momento en el que, bajo el influjo de Gino Germani, comenzó a hablarse de la “Argentina moderna” como un tipo de sociedad radicalmente distinto a la tradicional. Sin duda, el trabajo de Garavaglia ofrece una serie de evidencias que contribuyen a dotar a esta perspectiva de mayores fundamentos empíricos. Así, por ejemplo, su estudio confirma el escaso aprecio que los nuevos gobernantes liberales sentían por la cultura tradicional de los paisanos, a la que pretendían erradicar, y resalta las dimensiones políticamente excluyentes del nuevo orden surgido tras el derrocamiento de Rosas.

Sin embargo, el hecho de que la consolidación del proyecto liberal no parece haber sufrido mayores impugnaciones populares sugiere que el análisis de este proceso tal vez debiera integrar otros aspectos que pongan de relieve la capacidad del nuevo orden para dotarse de apoyos más amplios que las que podía reclutar entre las elites urbanas, las fuerzas militares y las clases propietarias rurales. La pregunta por la manera en que las clases populares de la campaña respondieron a los desafíos y las oportunidades que les planteaba el escenario abierto tras Caseros merece ser explorada con detenimiento.

Quisiera formular dos consideraciones al respecto. A lo largo de su trabajo, Garavaglia enfatiza con toda justicia la relevancia de la pequeña producción familiar. Y pese a que reconoce la estrecha relación entre estos productores y el mercado, su trabajo no ofrece una exploración detenida del significado del intercambio mercantil para estos campesinos. ¿Qué incentivos los movían a participar en el mercado? ¿Lo veían como una amenaza a su autonomía, como una fuerza disciplinadora y opresora o, también, como una fuente de oportunidades para mejorar (o incluso cambiar) la propia condición? ¿El deseo de acumular o de consumir tenía alguna incidencia sobre el comportamiento económico de los paisanos? Como muchos otros estudios que hacen suya la perspectiva campesinista, *San Antonio de Areco* transmite la idea de que en todos estos aspectos el vínculo entre los pequeños y medianos productores de Areco y el mercado cambió poco y nada a lo largo del largo período en consideración. Otros relatos, en cambio, sugieren que ya a comienzos del siglo XIX las clases populares se volcaban activamente al mercado, no sólo forzadas sino también siguiendo sus propios impulsos. Podría argumentarse, incluso, que los incentivos para participar en el mercado crecieron desde mediados de siglo, conforme se aceleraba el crecimiento, aumentaban las remuneraciones y crecía la demanda de trabajo. En este escenario, es probable que la pérdida de autonomía de la familia campesina que *San Antonio* documenta fuese acompañada por nuevos estímulos para volcarse hacia el mercado, que también actuaban sobre aquellos productores que no se vinculaban con la economía de exportación.

Este punto merece explorarse con más atención que la que hasta ahora ha concitado, en primer lugar porque en esas décadas tuvieron lugar procesos de crecimiento económico de singular importancia, que nos obligan a preguntarnos por la naturaleza y la relación con el mercado de los agentes que los impulsaron. Y ahora sabemos que cuando hablamos de estos actores, no podemos limitarnos a considerar la situación de los grandes comerciantes y estancieros. Es necesario también prestar atención al comportamiento económico de esos campesinos que ocuparon un lugar tan central en la generación del excedente agrario.

Una segunda consideración, referida en este caso a la relación entre los paisanos de Areco y el estado liberal en formación, quizás sirva para trazar mejor el perfil de estos productores familiares en la era de las reformas liberales. La suerte del programa de educación elemental puesto en marcha en esos años—verdadero símbolo de la ideología del progreso que animaba a los nuevos dominadores— constituye uno de los terrenos posibles para avanzar en esta exploración. Recordemos, al pasar, algunos de los datos que presenta Garavaglia, pues ellos ofrecen indicios elocuentes acerca del éxito de esta iniciativa. El autor señala que para 1869 el 38% de la población del distrito ya se hallaba alfabetizada; poco más de una década más tarde, el porcentaje de alfabetizados alcanzaba a casi la mitad de los habitantes de Areco. En 1881, asistían a la escuela casi 4 de cada 10 niños en edad escolar, una cifra que Garavaglia con toda razón considera notablemente elevada.

La información recogida por los censos provinciales y nacionales del período indica que la situación de Areco no era excepcional, ya que en todas partes se produjo en esa época una considerable ampliación de la población alfabetizada y un marcado incremento de la concurrencia a la escuela. Y aun cuando es claro que la difusión de la letra ya había recorrido un largo camino en la campaña durante el período rosista (tal como lo revela el censo de 1854), lo cierto es que desde la década de 1850 la escuela pública ganó espacio a costa de las ofertas educativas comunitarias o privadas, e incrementó su capacidad de intervención sobre el mundo popular. Resulta difícil evaluar de qué modo los hombres del común experimentaron el avance de un programa que, como sabemos, expresaba como pocos la ideología del progreso. Algunos testimonios de la época sugieren, sin embargo, que las mismas campañas educativas que denigraban los saberes populares contaron con un apreciable grado de simpatía entre los paisanos a los que iban dirigidas y a los que pretendían reformar. En una carta dirigida al director de escuelas de la provincia en 1859 se describe de este modo la situación en Baradero, un pueblo vecino a Areco:

*“El capataz de una estancia grande me dijo que los mozos parecían estar locos, pues en lugar de hablar de caballos y carreras, hablan hoy de la escuela, y de que Fulano ya estaba en la lección de las lanas (primera palabra de la lección) y que Zutano en otra disputándose el más rápido adelante; que Pedro ya había pasado a Juan en las cuentas, y que un tal Benítez [...] al tiempo de pastorear sus ganados traídos de los apartes, se le ve, montado a caballo, con la cartilla en la mano estudiando su lección. Un peón mío, casado, ha aprovechado en este verano todas las horas de la siesta, como de la noche, para aprender a leer y escribir, haciéndose dirigir por un muchacho que asiste diariamente a la escuela”.*⁵

Esta conmovedora descripción del impacto producido por la difusión de la educación elemental y por lo que ella venía a significar en términos de liberación personal puede parecer exagerada, o excesivamente complaciente con el papel que los promotores del programa de educación popular se asignaban a sí mismos. Conviene, pues, tomarla con recaudos. Aún así, vale la pena recordar que incluso personajes cuya simpatía por el hombre de campo era profunda y sincera presentaban visiones en muchos puntos coincidentes. El mejor ejemplo de esta actitud lo ofrece José Hernández, que en 1882 fue

⁵ Citado en Ricardo Rodríguez Molas, “José Hernández, discípulo de Sarmiento”, en *Universidad*, 59, Santa Fe, 1964.

comisionado para escribir un informe sobre la situación de la educación en la provincia de San Luis. Allí el autor del *Martín Fierro* señaló que los pobladores de esta pobre provincia “tienen un marcado deseo de instruirse, y esto se nota no sólo en las conversaciones y el trato social, sino que lo prueba evidentemente la concurrencia diaria a las escuelas, no sólo en la capital sino en la campaña donde es necesario recorrer grandes distancias para asistir a las clases”.⁶

¿En qué tipo de universo campesino nos introducen estos testimonios? Uno que, por varios motivos, se distingue con claridad del que en su momento describieron reformadores ilustrados como Félix de Azara o Pedro Andrés García. El “marcado deseo de instruirse” evocado por Hernández sugiere que las clases subalternas rurales no permanecieron inmunes frente al poder movilizador de la ideología del progreso. Más aún: la considerable mejora en las competencias educativas que tuvo lugar en las décadas que sucedieron al derrocamiento de Rosas indica tanto que un sector nada insignificante del paisanaje estaba convencido de la necesidad de alfabetizar a las nuevas generaciones como que una parte de las familias disponían de los recursos suficientes como para demorar, al menos por un par de años, o algunas temporadas, el ingreso de los niños al mundo del trabajo. Ello invita a concluir que el orden liberal que comenzó a cobrar forma a mediados de siglo fue capaz de reprimir a sus impugnadores populares e inculcar nuevas formas de obediencia gracias al poder de sus ejércitos pero también porque fue capaz de integrar demandas y promover algunos de los intereses de las clases populares, al menos de aquellos sectores de este grupo que sintieron el impacto de la prosperidad económica y la ampliación de sus horizontes vitales. Quizás la pérdida de derechos consuetudinarios y de autonomía productiva se volvieron más tolerables porque vinieron acompañadas de nuevas oportunidades de mejora económica y social que contaban cada vez más para una población rural que, al calor de la expansión económica y la profundización de las relaciones mercantiles, ya había dejado (o estaba dejando) atrás su condición campesina.

El hecho de que, considerada globalmente, la población inmigrante se haya mostrado económica y socialmente más exitosa que el campesinado nativo no debe llevarnos a concluir que éste permaneció al margen de los cambios que tuvieron lugar en esas décadas, o que sólo los haya experimentado como víctima. En este sentido, más que una discusión nominalista sobre el significado de esta polisémica expresión, lo que necesitamos es comprender mejor qué tipo de incentivos y presiones contribuyeron a impulsar a las familias rurales hacia el mercado y hacia mundos de sociabilidad más amplios que los de la familia y la vecindad, y de qué modo y a qué ritmo los estímulos externos impactaron sobre este grupo para hacer posible la transformación económica y social de mediados de las décadas de siglo, y de qué manera este nuevo escenario preparó el terreno para la gran transformación de los años del boom exportador de las décadas del cambio de siglo. *San Antonio de Areco* tiene el inmenso mérito de invitarnos a proponer estas preguntas, que deben estar en la base de todo intento por construir una historia de la sociedad rural del siglo XIX capaz de integrar tanto las continuidades como las novedades.

Roy Hora
UdeSA/UNQ/CONICET

⁶ Ibidem.

Para una historia “larga” de la región pampeana

La historia del Río de la Plata de fines de la colonia y comienzos del siglo XIX ha cambiado mucho en las últimas décadas. Lo que hoy sabemos de ella es en efecto muy contrastante con lo que sabíamos (o creíamos saber) hasta hace relativamente poco tiempo. Esta nueva historia es producto de una verdadera ruptura historiográfica, que a su vez es el fruto de años de trabajo de un grupo numeroso de historiadores que ha ido construyendo, incansablemente, un campo. Juan Carlos Garavaglia es sin duda uno de los iniciadores y principales actores de esa renovación historiográfica y su libro –también resultado de largos años de trabajo– es un reflejo vivo de la trayectoria de esa renovación. La historia del libro, en efecto, es en gran medida la de aquella renovación, ya que muchos de los trabajos que Garavaglia nos fue entregando en todos estos años –ya sea como autor, compilador o editor, solo o con alguno de los otros actores principales de esa renovación como Jorge Gelman o Raúl Fradkin– vieron la luz mientras se investigaba y se escribía este libro. De manera que en muchos sentidos (quizás no en todos, como explicaré más abajo) la obra es un punto de llegada, una instancia de síntesis, de culminación, que ese rico derrotero heurístico merecía y reclamaba.

Lo primero que debería decirse es que estamos frente a un libro importante. Es un libro importante, en primer lugar, para la historiografía rural “tardo” y “post” colonial rioplatense, por lo dicho, por ser una culminación, una coronación, una síntesis de lo hecho hasta aquí durante todos estos años. Y en tal sentido, está llamado a ser probablemente *el* libro de esa historiografía. Pero también es un libro importante para la historiografía rural pampeana en general (colonial y moderna) por la sencilla razón de que emprende con éxito un estudio de larga duración de la región (esa *longue durée* a la que podemos aspirar en la historiografía argentina) y plantea rasgos estructurales sobre su historia que trascienden esas subdivisiones, hasta hacerlas parecer artificiosas. Ha habido otros libros, es cierto, como compilaciones de monografías o manuales generales sobre “la historia rural pampeana”, que sin embargo, con sus secciones “colonial” y “moderna”, no hacían más que insistir en una visión dual de dicha historia, con compartimentos más o menos estancos. La propuesta del libro sobre Areco es diferente, ya que desde ese mirador privilegiado de un pueblo, nos da cuenta de unos doscientos años de la historia de la región pampeana como un todo. Creo, por fin, que el libro de Garavaglia es (y si no lo es todavía, va camino de serlo) un libro importante para la historiografía argentina sin más. Y esto, además de por lo dicho, básicamente por su impronta metodológica: ejercicio admirable de historia local, el trabajo utiliza una apabullante batería de fuentes documentales (censos, catastros, litigios judiciales, archivos parroquiales, diezmos, padrones, y un largo etcétera) para abordar una cantidad inagotable de temas que cruzan nuestra historia larga y atañen rasgos profundos de nuestra identidad nacional (la política, la demografía, la economía, la historia del estado, pero también los valores, las costumbres, la etnicidad, el honor, la vida cotidiana, la frontera). Como en los buenos libros de microhistoria, en el de Garavaglia la historia de Areco es la historia de la Argentina.

Y sin embargo, paradójicamente, no está en las intenciones de libro escribir la “historia total” de San Antonio de Areco. Por más que uno haya pensado eso –y de alguna manera lo esperara– no será entonces Areco San José de Gracia (¿podría haberlo sido?),

aunque algunos pasajes, sobre todo los que describen los linajes familiares o las fiestas, recuerden mucho al libro del maestro Luis González. Sí es, en cambio –y esto es propósito confeso–, un mirador para escuchar las voces de “la oralidad campesina”, para observar momentos del proceso de conformación estatal y, por qué no decirlo, para confirmar hipótesis cuidadosamente construidas a través de todos estos años sobre la población, la economía, las costumbres, la política, y el estado en el Río de la Plata en estos siglos.

Y estos objetivos se cumplen cabalmente, de la mano de un experto trabajo con las fuentes (muchas de ellas de difícil o árido análisis, como las demográficas, catastrales, o las mismas judiciales, tan centrales a esta historia) que como un disparo de metralla, van abriendo pequeños orificios en el firmamento de San Antonio de Areco entre 1680 y 1880, por los que Garavaglia nos permite espiar su pasado. Más que la reconstrucción definitiva de un todo, Garavaglia nos ofrece entonces, en una verdadera fiesta historiográfica, un *collage* de estampas, que a veces hace recordar al costumbrismo español del siglo XIX en las novelas de Galdós (o a *La Colmena* de Camilo José Cela) y a veces a un film de Kusturica.

La estética del libro (es decir, su estilo y estructura, cosas a la que no siempre se presta atención, pero que tratándose de un libro de Garavaglia sería doblemente equivocado) acompaña bien esos propósitos. Su estructura modular hace que se pueda leer cada una de las cuatro partes –la de las estructuras, la de las familias, la de las historias de vida a través de los juicios y la de la política– por separado, casi sin necesidad de la otra. Sostiene el libro, por otra parte, un tono coloquial pero elegante, que ya es característico de la pluma de Garavaglia. Es un estilo directo, desenfadado, que combina la narración con voces en *off* y guiños al lector, y todo en un tono de charla de café pero que es a la vez erudita y algo barroca. Si a eso se le suma el colorido de los múltiples relatos que, provenientes de los archivos judiciales, se ventilan a lo largo del texto casi como chismes o intrigas de pueblo chico (v.g. los de “el marido celoso”, “el enamorado insistente”, “el paisano camorrero” o el “gauchito enamorado y celoso”, de la tercera parte) el resultado es un libro de ágil y amena lectura para lectores variados.

Estética audaz y atractiva que también tiene sus costos: la estructura de partes autónomas, sumada a la falta de una verdadera introducción y conclusiones, da una sensación de desarticulación en el relato, que hace difícil formarse una idea integrada de la historia de San Antonio de Areco. Como en *La Colmena* (o en *Underground*), el cuadro completo es tarea del lector o del espectador. Tampoco la historiografía funciona como contenedor, ya que es evidente que notas, bibliografía y, sobre todo, los *excursus* historiográficos se han reducido al mínimo, como concesión a audiencias más amplias. De esta manera, dejando de lado ciertos contrapuntos espasmódicos y en forma de zarpazos a la “visión tradicional” sobre el tema⁷ –que recuerdan más bien la etapa más combativa de esta historiografía y que hoy ya no parecen necesarios– la justa ponderación historiográfica de la obra queda también, en buena medida, en manos de los lectores, cosa que no es problemática entre los letrados, pero que inevitablemente deja en cierta orfandad a los legos.

⁷ “Estos datos desmienten categóricamente, una vez más, todas los clichés de la historiografía tradicional acerca de la inexistencia de la agricultura en el periodo” (p. 103).

Mi conocimiento limitado de la historiografía que encabeza Garavaglia me impide ser muy preciso con los aportes originales concretos que hace este libro respecto de los trabajos que, como mencioné, escribieron algunas de sus plumas durante todos estos años. Pero en tanto el libro es una culminación, un punto de llegada de ese derrotero colectivo –como queda claramente expresado en los trabajos citados en las pocas notas al pie, muchos de ellos escritos por el mismo Garavaglia– poco importa ese detalle. No se trata, sin embargo, de una síntesis en la que sólo se confirman, para el caso de Areco, las conclusiones y certidumbres que se fueron acumulando en ese trabajo colectivo a lo largo de estos años. En efecto, tanto como aquellos hallazgos iluminan y califican el caso de Areco, la historia de este pueblo que construye Garavaglia ilustra y enriquece esas certidumbres previas, dándoles un sentido nuevo.

A mi modo de ver, el aporte primero y más evidente del libro es el de haber construido, quizás por primera vez en nuestra historiografía, un puente definitivo entre la historia “colonial” y “moderna” de la región pampeana, algo que hasta hoy sólo existía como promesa.⁸ Y si algo deja claro este libro de Garavaglia es que esa promesa se ha hecho realidad. El libro tiende –esta vez con la máxima solidez– puentes que unen esos abismos que se creían insalvables y que en efecto eran más de la historiografía que de la historia de la región pampeana, como el suave transcurrir de los procesos sociales y económicos de Areco nos sugiere. Cambios y continuidades encuentran así un lugar no forzado y coherente en la historia de Areco –que es la de la región pampeana– en lo que constituye una de las máximas virtudes del libro.

Son esas continuidades, esas permanencias “del Antiguo Régimen en la modernidad argentina” –para usar las categorías de Garavaglia– las que conforman la argamasa con la que se edifican esos puentes. Permanencias demográficas, que se revelan en los catastros, los archivos parroquiales, pero también en los censos y en los juicios de Areco: la dinámica (social, económica, política) de la ocupación de la frontera y el asentamiento; las migraciones internas; la presencia de diversos grupos étnicos de “sangre mezclada”; el papel central de las familias; fenómenos todos que los censos sucesivos (1726, 1813, 1869,...) revelan una y otra vez, a la vez que van anunciando cambios lentos y graduales. Permanencias económicas, según muestran los diezmos, padrones, censos e inventarios: la producción mixta; las formas variadas de la tenencia de la tierra; la gran difusión del arrendamiento; la importancia del trabajo familiar; la precariedad de las viviendas; en fin, nada que pueda sorprender a los que estudiamos períodos más próximos de la historia pampeana. Permanencias, de orden político, según revelan mesas electorales, padrones, los juicios y las reconstrucciones de los linajes familiares locales que hace Garavaglia: los jueces de paz, comisarios, curas y militares y su compleja imbricación con la sociedad local; la reproducción de las redes familiares y su permanencia el poder; los

⁸ Me permito citar un párrafo de mi propia cosecha, de hace ya casi quince años, a propósito de la reseña de un libro que contenía un artículo de Garavaglia: “...los investigadores del periodo colonial tardío han comenzado a construir un puente [...] entre el joven mundo tardocolonial y el viejo mundo moderno, lo que sin duda representaba el último gran desafío para esta ‘rebelión de los tardocolonialistas’. El interrogante fundamental que pesaba sobre sus hombros (¿cómo dar cuenta del pasaje de un mundo campesino y agrícola en 1810 a otro empresarial, ganadero y capitalista treinta o cuarenta años después?) comienza así a ser respondido...” Reseña del libro de María Mónica Bjerg y Andrea Reguera (comps.): “Problemas de la historia agraria. Nuevos debates y perspectivas de investigación”, en *Boletín del Ravignani*, vol. 13, 1996.

rituales de las fiestas; entre otros, destacan continuidades notables, a la vez que dejan ver también ciertos recambios. Permanencias, por fin, de orden cultural: en diálogo oportuno con la nueva historia política –y con la incontenible literatura del Bicentenario– Garavaglia constata en Areco la sostenida vigencia de ideas y valores “de Antiguo Régimen” en el siglo XIX, resumidas en su tríada de la vara, la cruz y la espada. Valores, creencias e instituciones capitales que seguirán articulando en forma palmaria a esa sociedad local, aunque sus formas se vayan transfigurando (v.g. las milicias en guardias nacionales, los alcaldes en jueces de paz).

Derribadas esas fronteras temporales, el caso de Areco sirve también para confirmar hallazgos ya consolidados de esta historiografía, como bien se encarga Garavaglia de ir resaltando a su paso. Así, vemos que Areco a fines de la colonia y hasta bien entrado el siglo XIX no exhibía un paisaje desolado y arcaico, que alternaba grandes estancias poco productivas con gauchos errantes que vivían de la generosidad de una frontera abierta, como quería la historia tradicional, sino otro mucho más poblado y moderno, en el que numerosas familias de campesinos productoras de trigo convivían en económica armonía con una capa de estancieros medianos y pastores más modestos y racionales. Una economía agrícola en la que la tierra es menos valiosa que el ganado y en la que los esclavos también son clave en el patrimonio (y perduran más de lo que se pensaba). En suma, Areco nos confirma que la historia agraria del Río de la Plata a principios del siglo XIX ya no es lo creíamos que era. Y en otro orden de cosas, el trabajo confirma nuestras hipótesis sobre la importancia decisiva de la Justicia de Paz en estas sociedades rurales, tanto para la organización de la vida –política, social, económica, militar– local, como para la generación de documentos decisivos para el historiador. Los jueces de Areco son como los que había observado el mismo Garavaglia para el resto de la provincia en un trabajo anterior: a veces notables del pueblo y a veces figuras medianas, a veces poderosos y otras no tanto (es interesante todas las veces que su autoridad o la de los alcaldes es desobedecida o disputada por la sociedad local), a veces jefes políticos absolutos, a veces obligados a someterse a poderes o intereses mayores (comandantes de milicias, jueces superiores). Para los que hemos estudiado a la justicia de paz en tiempos posteriores, estas confirmaciones son también instancias adicionales de continuidad entre el temprano y el tardío siglo XIX (y buena parte del XX).

Por fin –siempre según este lector– el libro también contiene hallazgos novedosos, la mayor parte de los cuales se encuentran en la cuarta y última sección del libro –la de la política– que probablemente sea la más lograda y la que representa más vívidamente la historia cotidiana de Areco. Y no es casual que así sea: es hacia allí –hacia las configuraciones políticas, hacia la construcción del estado en el Río de la Plata– adonde va el interés de esta historiografía que articula Garavaglia. Sólo como ejemplos: el encono de los nativos de Areco con los peninsulares y, por propiedad transitiva, con los extranjeros en general –encono que no parece disiparse con el paso de los años– es algo que, si no entiendo mal, sabíamos que fue moneda corriente luego de la independencia en otras latitudes (claramente en México) pero que faltaba documentar en el Río de la Plata. Segundo: el efecto del (doble) paso de Lavalle por Areco revela, con nombre y apellido, la fragilidad de los apoyos a Rosas y de las fidelidades federales (el “gigante de pies de barro”, ya advertido también en algunos trabajos de Jorge Gelman y Raúl Fradkin). Tercero: las discrepancias de opinión entre ciudad (pueblo) y campo en Areco, a propósito

de la secesión de Buenos Aires, revela un fenómeno que los que hemos hecho historia rural a nivel local reconocemos bien. Aunque parezca una precisión microscópica, es necesario seguir distinguiendo entre la gente de los pueblos rurales y la gente del campo (la que efectivamente vivía en el campo) para un entendimiento cabal de nuestra sociedad rural del pasado, cuando al revés que sucede hoy los segundos eran más numerosos que los primeros. Hay allí, por ejemplo, cierta reproducción a nivel local de la rivalidad y mutua desconfianza que conocemos mejor entre “ciudad y campo” a nivel más general.

Dejo para el final unas observaciones críticas que no pueden ni deben opacar las virtudes descriptas del libro, en particular porque bien podrían ubicarse en ese rubro, siempre odioso, de lo que el libro “podría haber sido”, o sea, de esas observaciones que no valen del todo. En este caso, sin embargo, son el producto sincero de la curiosidad que despierta el libro por saber todavía más sobre Areco y de cierta ansiedad que de alguna manera compartimos los que pertenecemos a la cofradía de historiadores rurales pampeanos por comprender en forma más acabada su historia.

En primer lugar, hay en el libro un cierto aislamiento de Areco, que podría haberse evitado dado el conocimiento que tiene Garavaglia sobre la historia del resto de la provincia de Buenos Aires (y de la Argentina). Es el problema eterno de la microhistoria, claro, pero quizás, nada más –siguiendo con las imágenes cinematográficas– podrían haberse tomado más escenas de exteriores. En efecto, el foco (la cámara) más bien permanece en Areco, lo que a veces hace un poco difícil darse una idea precisa de la posición de Areco en el panorama más general, por ejemplo, del poder político provincial o de la organización de los poderes del estado. Sólo como ejemplo, el texto nos deja ver que algunas causas judiciales (v.g. la de Casco vs. Benítez, en el capítulo IV de la tercera parte), que a nivel local tienen un trámite y desenlace previsibles o fácilmente comprensibles –ya que se explican por el poder social o económico relativo de las partes o por los sesgos o arbitrariedades burocráticos del pago– cuando pasan a otra instancia –en el caso referido, la Audiencia de Buenos Aires– entran en otra lógica en la que ni los argumentos de las partes ni sus redes locales parecen funcionar. Son casos como ése los que llevan a preguntarnos cuán ágil o frecuente era la relación entre esa localidad (Areco) y la ciudad de Buenos Aires y por lo tanto cuán sencillo –o complicado– era escapar a la red de poder local apelando a instancias superiores. En definitiva, nos hace preguntarnos cuán integrado y comunicado está este mundo local con ese otro mundo (social, político, burocrático) de Buenos Aires y el resto de la provincia y cómo esto fue cambiando con el paso de los años.

En segundo lugar, la promesa hecha al principio del libro en el sentido de escribir, a propósito de San Antonio de Areco, “un capítulo de la construcción estatal en el Río de la Plata”, desafortunadamente para nosotros se cumple a medias. No se trata de una estafa, ni siquiera de un déficit, sino más bien del contraste con las expectativas que genera esa promesa en un tema que está, quizás más que otros, en construcción (y que, como dije antes, está en el centro del interés de esta historiografía en este momento). Es también –de nuevo aquí– consecuencia de la estructura de la obra: esta “cuestión”, la del Estado, está aludida a lo largo de libro, que nos deja ver a cada paso y a través de una seguidilla de estampas al Estado en construcción (en las figuras del juez, del comandante, etc.), pero que no nos ofrece una interpretación más sistemática o integradora del proceso en Areco.

En tercer y último lugar, una pregunta, que más que un reproche –que sería a todas luces impropio– es un lamento: ¿cuáles son las razones de haber concluido el relato en 1880, cuando alguien podría decir que “empezaba lo bueno”? Quiero decir, hubiera sido provechoso conocer, por ejemplo, qué pasó con este partido “de tierra adentro” cuando se puso en disponibilidad la frontera sur (y oeste) de la provincia. ¿Cómo se adaptó su economía a la existencia de esa nueva frontera, fértil, disponible y por lo tanto seguramente atractiva? ¿Qué hicieron sus habitantes –los campesinos, los trabajadores, pero también las elites locales– frente a ese mundo de oportunidades? ¿Cómo fue el paso por Areco del huracán de la inmigración masiva y la propagación acelerada del trigo, ahora combinada con la producción de carne de exportación? ¿Fue la nueva frontera una oportunidad para lugares como Areco o causa de su decadencia? Por otro lado, ¿cómo afectó a la política local una más fuerte y moderna presencia estatal (v.g. la reorganización de la justicia de paz a fines de la década de 1880)? ¿Trajo consigo un recambio o transformación en las redes de poder (familiar, burocrático) local o pudieron las tradicionales sobrevivir a los cambios? Tan injusto como pedirle esas respuestas a este libro sería decir que su lectura no invita a formularlas.

Preguntas todas que interesan especialmente a los que tomamos la posta a partir de esas fechas, en las que suponemos que nace un mundo nuevo, en lugares nuevos, con actores sociales nuevos (inmigrantes de Europa en su gran mayoría), tierras nuevas (hasta ahora incultas), y sociedades construidas casi de la nada en lugares previamente casi deshabitados. Luego de leer el trabajo de Garavaglia, sin embargo, uno tiene casi la certeza de que esas suposiciones son nada más que otro de esos muros historiográficos que nuestra manía ordenadora nos llevó a construir en el pasado. A uno le hubiera gustado que fuera el mismo Garavaglia el que, siguiendo nada más un poco con la historia de Areco, nos hubiera ayudado a derribarlo. Pero si no lo ha hecho en este libro, al menos sí nos ha dado un excelente ejemplo de cómo podemos comenzar a intentarlo.

Juan Manuel Palacio
CONICET / UNSAM

Respuesta a los comentarios

Antes de comenzar, debo por supuesto agradecer, tanto a los colegas que amablemente han “jugado el juego”, como se dice en francés, de prestarse a comentar el libro –eso significa, ¡haberse tragado las 422 apretadas páginas del texto!– como a los responsables de la RER, es decir a los amigos Raúl Fradkin, Jorge Gelman y José Luis Moreno, que auspiciaron este encuentro en la Universidad de San Andrés. Agradecerle al IEHS y a Hernán Otero por albergar esta discusión en las páginas del *Anuario*, es casi como si yo le dijera gracias a alguien de mi familia, por razones que son más que evidentes.

Es obvio que la mayor parte de las observaciones y críticas de mis colegas están relacionadas, como ocurre siempre, con lo que cada uno de ellos considera relevante a partir de sus propios trabajos y terrenos de investigación; lo contrario sería un absurdo y quizás, una incalificable audacia. Cada uno de nosotros habla de lo que conoce. Yo lamento que uno de los pedidos más acuciantes de los comentaristas, el de no haber continuado más allá de los ochenta, no tenga respuesta en el libro, pues esa posibilidad es algo que, en

efecto, estuvo rondando en mi cabeza durante mucho tiempo. La integración de los inmigrantes –que el libro toca muy parcialmente en el caso de irlandeses y vascos con la expansión del lanar- y que más tarde se completaría con chacareros italianos y españoles, era uno de los temas que me parecían más atractivos. Después, la enormidad de la tarea y la consciencia de mi *analfabetismo funcional* sobre el periodo que transcurre entre 1880 y la primera guerra europea, me asustaron. También me atemorizó el hecho de terminar haciendo de este libro una especie de río que fluyese inacabadamente. Piénsese que el primer trabajo que había hecho sobre Areco es de fines de los años ochenta.

Veamos ahora, sin pretender responder a todas y cada una de las observaciones críticas, cómo siento yo el estado de la cuestión, un año después de haber terminado la redacción del libro y habiendo tomado una cierta distancia. Me voy a referir en especial a uno de los aspectos que han sido criticados por algunos de los comentaristas y que, como es uno de los temas que más me han preocupado en los últimos años, quisiera poder responder a esas críticas.

Una de las ideas que se halla en filigrana en el texto, es el proceso de construcción estatal, tratando, siempre que fuera posible, de no ponerlo en clave teleológica como una marcha *in continuum* que nos llevaría inevitablemente del inicio de la colonización a la Argentina de la época del “progreso”. Nada indicaba para aquellos colonos que se instalaron en 1630 a orillas del río de Areco que las cosas serían como fueron. En realidad, me fascinaba (y me sigue fascinando) la forma en que, poco a poco, las relaciones locales de poder, se van ordenando paralelamente al proceso de construcción estatal dirigido desde Buenos Aires. En la trilogía *cruz/vara/espada*, que fue estructurando las relaciones de poder en el ámbito local desde los inicios de la ocupación europea en los pagos de Areco durante los años 1630/1650 y que, de un modo complejo, mostraba el arco de funciones que serían más tarde las propiamente estatales, yo veía una de las bases más sólidas de la explicación del fenómeno de la posterior extensión de ese proceso de construcción estatal hacia las áreas rurales. Si el estado es *un entramado de relaciones sociales de dominación*, verificar cómo los curas, los alcaldes/jueces de paz y los oficiales de las milicias, todos, casi sin excepción, notables ligados a las familias destacadas del pueblo (y en ese sentido, sus líderes “naturales”), van conformando ese tejido, me sedujo al punto de creer, quizás ingenuamente, que había “descubierto” una de las claves del proceso. Otros lo habían hecho antes que yo, como por ejemplo James Scott, pero no tenía dudas que lo que estaba haciendo era reconstruir la forma específicamente “rioplatense” de la constitución de ese entramado de relaciones de dominación que apunta a conformar el estado, pero, visto desde la cotidianeidad de la sociedades locales. Y esta forma específica, implicaba tomar en cuenta en este proceso la relativa autonomía de las familias campesinas, que podían usufructuar una parcela para vivir, muy pobremente por cierto, pero gozando de un cierto marco de independencia, aun cuando la amenaza de los poderosos estaba siempre latente. Por más relativo que fuese este fenómeno, aleja claramente a la historia rural del litoral rioplatense, en ambas orillas, a la del resto de la historia rural latinoamericana (con algunas excepciones quizás como la de la colonización antioqueña en Colombia o la del valle Central en Costa Rica).

Veamos algunos hitos. Comencemos por el primero, *la cruz*. ¿Qué quiere decir aquí la cruz? Esta pequeña sociedad, perdida en la pampa ondulada, formaba parte sin embargo del orbe católico hispano, aquel donde, al decir de Bartolomé Clavero, la Corona

estaba en la Iglesia (y no ésta en la Corona). Aquella en la cual, todos los momentos claves de la vida de un ser humano (el nacimiento, el matrimonio y la muerte) estaban ritmados por la sanción del párroco. Pocas religiones, según afirmó en su día Jack Goody, dominaron de tal forma la vida social de sus creyentes. Durante los años 1730-1845, la mayor parte de los curas de Areco tuvieron relación con las familias más relevantes del pago, los Giles, Fernández de Agüero, Suero, Piñero, Martínez, etc. Desde 1845, cuando el Vaticano comienza a recuperar los lazos con las parroquias americanas, que las guerras independentistas y los conflictos posteriores habían casi quebrado, los curas llegados al pueblo se alejan de esas familias, pero siguen estando atentos, como el italiano Rossi, al respeto de los valores éticos y religiosos locales que, por otra parte, no son otros que los del catolicismo ibérico. El estado, sin embargo, desde los años cincuenta, inicia lentamente su penetración, incluso en esta esfera. Así, por ejemplo, los formularios ya impresos para los nacimientos y los casamientos comienzan desde mediados de esa década a dar una presencia formal a exigencias que van más allá del catolicismo de la época (y que preanuncian el futuro Registro Civil). También, los jueces letrados del tribunal de Mercedes, le suelen recordar a jueces y párrocos que, en el caso de los conflictos ligados a las relaciones familiares, una cosa es el ámbito de la religión y otra, es (o debería ser) el ámbito de la *publicidad* estatal. La sociedad local reaccionaba, en general, defendiendo la moral tradicional que lideraba el cura frente a estas incursiones, pero éstas han dejado probablemente trazas en el ámbito de la sociabilidad pueblerina. Y no es fácil saber, con la documentación con que contamos, que primó en estos casos.

De todos modos, el estado –en realidad, como dice acertadamente Guillermo O'Donnell, los funcionarios que lo representan– aceptaron (aunque de mala gana) estas reacciones, pues no consideraban esos valores “laicos” tan fundamentales como para dificultar el crecimiento del proyecto que les era tan caro. Es así que, cuando Loris Zanatta se topa con el proyecto de “recatolización” de las elites desarrollado en la década del treinta del siglo XX, alguien habituado a esas reacciones pueblerinas, ante cierta sorpresa de algunos críticos de la obra de Zanatta sobre ese hecho, no se le mueve ni un pelo, como diciendo ¿Y qué esperaban? ¿Cuáles creían que eran los valores dominantes en esa sociedad? ¿Es que la –superficial– laicización de una parte de las elites urbanas atravesó los trigales del progreso, para tocar realmente a las sociedades locales? No se olvide además que hablamos de un pueblo que está a 20 leguas de Buenos Aires, imaginemos que este libro hubiera sido hecho sobre Renca en San Luis, sobre los Llanos riojanos o sobre San Salvador de Jujuy. El libro de Ariel de la Fuente, por ejemplo, nos deja entrever cómo eran las cosas por aquellas tierras...

Pasemos ahora a la *vara de justicia*. Desde las primeras ocupaciones de tierras por parte de los europeos en los años treinta y cuarenta del siglo XVII, algunos de los vecinos más destacados debieron haber ejercido funciones de mediación social en esas poblaciones semi perdidas entre las suaves colinas que van del río Areco al Paraná, pero faltan fuentes como para conocer realmente cómo fue el inicio de ese proceso. En tanto *pater familias* de cierta raigambre local, estos individuos serían más tarde nombrados por el Cabildo porteño con funciones, primero transitorias, como eran las de los “jueces comisionados” y finalmente, cuando ya el crecimiento demográfico lo exigiese, desde los años veinte del XVIII, como Alcaldes de la hermandad. Es sabido que pocas instituciones son tan centrales en el proceso de constitución de las relaciones de poder (sean éstas estatales o no), como

las ligadas con la administración de justicia. Lo recuerda un jurista del siglo XVI, Hugo de Celso "Justicia es una de las virtudes por la cual mejor e mas enderesadamente se gobierna el mundo", parafraseando casi exactamente a las *Partidas*. En 1821, en el momento en que los Alcaldes de la hermandad van a ser transformados en jueces de paz, con el consiguiente crecimiento de sus funciones (más el aumento de sus responsabilidades frente al centro, enfrascado ahora en el proceso político post independentista), ese papel no hará más que crecer, si bien las personas que lo desempeñan siguen perteneciendo al mismo ámbito de las familias de notables locales. Cuando la consolidación de las relaciones capitalistas en el mundo agrario rioplatense –proceso que acompaña a la construcción estatal– hayan ido *des-apropiando* a las familias campesinas, cerrando efectivamente la frontera, al menos en el área de vieja colonización, las funciones estrictamente económicas de los jueces de paz –que siguen, por supuesto, a las ya tradicionales de mediación social y de reclutamiento militar (dos caras de la misma moneda)– se incrementan en forma evidente, según nos muestra una fuente como el Libro del Juzgado de Areco en los años 1859-1868. Desde ese momento, y hasta la creación de los juzgados de paz letrados, que acentúa este proceso, los jueces locales *han crecido en autoridad, pero han ido perdiendo en independencia*, o sea, se perfilarán ahora ya casi como auténticos funcionarios del estado, llenando afanosamente los formularios impresos que llegan semanalmente desde Buenos Aires. Por supuesto, esta pérdida de autonomía no se da de un día para el otro y no ocurre sin arduas negociaciones. Lo que subyace en este aspecto es que una parte de la *capacidad de dirigencia* (podríamos decir “hegemonía” si no fuera que la palabra está tan maltratada) de esos grupos familiares sobre la sociedad local, pasará de ese modo al estado. El poder del estado solo puede crecer *des apropiando* a esos notables de porciones crecientes de su capacidad de constituirse en líderes “naturales”.

La trilogía finaliza con la *espada*. Pocas dudas hay aquí del papel relevante de la espada en la construcción de un entramado de dominación. Por otra parte, la vara de justicia sin la espada “torna en el vacío”, como lo recuerda Norberto Bobbio. Los oficiales de las milicias, miembros de las mismas familias de donde surgen los curas y los alcaldes/jueces, van a acompañar este proceso, entablando relaciones de poder (Max Weber hablaba del poder como de “la capacidad de obtener la obediencia de un grupo de personas al contenido concreto de un mandato”) que se asientan en el hecho banal de tener que dirigir “funciones militares” –desfiles, paradas, salidas al campo, ordenes de marcha, todo eso que los especialistas de la cuestión militar han llamado el *drill*. En esa actividad los varones campesinos juegan el papel (temporal) de soldados y a la vez, de subalternos. Este proceso se va estructurando cada día más y el rosismo jugó aquí un papel capital disciplinando militarmente –y otorgándoles un salario– a las milicias. Estas fueron heredadas por los liberales porteños al instituir la Guardia Nacional, dándoles a esas milicias un cambio mágico de nombre que, al parecer, las haría “ciudadanas”. Cuando en 1857, el estado de Buenos Aires decide que los jueces dejarán de ser comandantes de la Guardia Nacional para dejar su lugar a los militares de carrera, es obvio que la cuestión del tan célebre monopolio de la violencia que debe caracterizar al estado capitalista ha dado un paso muy importante. Nuevamente, se desapropia a estos notables de una cualidad de dirigencia de peso superlativo que, otra vez pasará al estado. No es casual que este paso se dé en el mismo tiempo que la mencionada extensión de las relaciones capitalistas de producción ya no obligue a los propietarios de los medios de producción a ejercer presiones

para asegurar la continuidad (y hasta la existencia misma) del proceso productivo. Ahora las familias campesinas, perdido el usufructo de una parcela, son “libres” para acudir a trabajar o no como peones o domésticas; el ejercicio de la violencia ha cambiado de manos y ha pasado a instituciones directamente estatales: policía rural, ejército, milicias controladas férreamente.

En el libro decimos que este proceso de relaciones con los notables locales de Areco, se asemeja bastante, *mutatis mutandis*, al que van a negociar las elites dirigentes porteñas con sus similares de las provincias a partir del fracaso del experimento de la Confederación Argentina en 1861. Y a medida que nuestro proyecto actual de investigación comparada sobre el estado en América Latina durante el siglo XIX avanza, estamos cada vez más convencidos de no estar demasiado equivocados. Esa forma de funcionar que alternaba largas instancias de negociación y momentos de pura violencia entre el centro político y las elites regionales, es la historia misma del estado latinoamericano en ese siglo. ¿Pero, qué quiere decir negociar en este contexto? Quiere decir que los que conducen el proceso de construcción estatal no tienen más remedio que pasar por la intermediación de los líderes “naturales” para acceder a hombres y recursos. Y por otra parte para las elites regionales, el hecho de ser el pivote local del Estado, consolida aún más su posición hegemónica en la sociedad local. Ambos ganan y por eso *están obligados a quererse*.

En cuanto a algunas críticas acerca de mi dificultad para referirme al “progreso” y a los signos de modernidad económica presentes en la vida local a fines del periodo, si bien menciono una pocas cosas (la más llamativa es la del molino-fábrica), en realidad, mi posición profunda sobre este asunto va por otro lado. Primero, los signos de modernidad o de progreso vienen desde mucho más atrás –por ejemplo, los sistemas de acceso a tierra y recursos por parte de los campesinos a través de arriendos en especie o incluso en moneda, son tan antiguos como la sociedad castellana medieval– pero es cierto, que la llegada del lanar va a cambiar en forma evidente el funcionamiento del sistema, haciéndolo ahora más “capitalista”. Pero, esto se construye sobre aquello y asegurar que estos cambios económicos producen también una revolución en la cultura política de la sociedad concernida es en realidad *quod demonstrandum esse*. Que la economía y la sociedad no tienen los mismos ritmos resulta algo tan obvio en la experiencia de los historiadores, que no me parece necesario insistir en el asunto. Segundo: a mi me preocupa bien poco que las familias campesinas acumulen o no, no es mi objetivo en mis trabajos sobre el mundo campesino rioplatense. A mi me preocupa ahora verlos como actores sociales en el marco de las relaciones de poder locales. Si uno tuviera que dedicarse obligatoriamente al análisis de los sectores que acumulan en el contexto del capitalismo, los cuatro quintos de la producción historiográfica universal no tendrían sentido...

Nos gustaría entonces que quedase claro: el acontecer del largo camino de construcción estatal, visto desde el pequeño mirador de San Antonio de Areco, que tiene idas y venidas, es uno de los objetivos capitales que tuve in mente al escribir el libro. Es cierto que, como hemos dicho antes, al permanecer en filigrana, por razones que tienen que ver con los diversos públicos a los que está destinado, parece terminar desdibujado, perdido en la maraña de datos y fuentes. Pero, creemos firmemente que allí está. No hay dudas que me hubiera gustado continuar más allá de los años setenta y ochenta del XIX, para mostrar las alternativas de la consagración de este proceso, pero, debo confesar que llegué al final

de la redacción del libro ya con “el caballo cansado”, tal como se diría por aquellas tierras pampeanas.

El libro también tiene varios capítulos, realizados a partir de la información de los archivos judiciales, donde hemos intentado de algún modo retratar la vida cotidiana de las familias campesinas en ese medio rural, partiendo de un intento de recuperación de la rica oralidad de los paisanos. Esa oralidad que la poesía gauchesca evocó tan acertadamente; nos asombró descubrir hasta qué punto los paisanos parecían hablar efectivamente como los poetas gauchescos los habían cantado. Como ocurre casi siempre, todo intento de recuperar la “verdadera” vida y lenguaje de las clases populares de las épocas pasadas, tiene solo resultados parciales; ellos nos dejan con la agridulce sensación de no haber podido cumplir del todo con ese objetivo.

De todos modos, el hecho de haber podido recorrer dos siglos largos en esas tierras –aparentemente vacías de profundidad histórica– resultó ya un buen desafío y me complace que los críticos hayan aquilatado lo que eso significa. Ya se verá si los lectores serán de la misma opinión, en un “mercado” en el cual se premia sobre todo a aquellos textos que oscilan entre la novela histórica –mal escrita, amén de peor informada– y esos libros de historia que aspiran a darnos en unas pocas páginas todas las claves mágicas sobre esos hechos del pasado que, según sus autores, nos permitirían entender por fin donde estamos.

Juan Carlos Garavaglia
ICREA/UPF, Barcelona y EHESS, Paris